

IV

Desde entonces, las finas y olorosas violetas
me prestaron sus gracias, con piadosa bondad.
Respirando su aroma, renovaba mis bríos,
y enseñaba á mis penas el deber de esperar.

Ellas fueron presente que los cielos me hacían.
Ellas fueron mensaje que á mis hijos mandé.
Yo las traje conmigo bajo el sol de la Patria.
Si las glorias me asisten, ellas son mi laurel.

¡Oh, violetas fragantes y exquisitas! ¡violetas
de Tolosa de Francia, que me hicisteis vivir!
¡Oh promesas hermosas, bajo el sol del invierno,
de los gozos, las auras y las flores de Abril!

Como en sueños me llega, desde allá, vuestro aroma;
como en sueños vislumbro vuestros campos en flor.

.....
¡Oh, terribles instantes!, ¡oh, funesta locura!,
¡no volváis á mi vida! ¡Por mis hijos! ¡Por Dios!

VISIONES TRÁGICAS

CAMPO DE BATALLA

Por aquí... Por allá... Por este campo
la batalla rugió. Llegó de pronto,
como tromba de acero. Con el ímpetu
de la tromba pasó. ¡Mirad en torno!
Ved los muertos en trágicas posturas.
Ved los muertos en trágico abandono.
Ved los heridos, á millares. Llenan
al aire triste sus lamentos roncós.
Ved las huellas de carros y cañones.
Ved las muestras del bárbaro destrozo.
Aquí estallaron formidables bombas.
Ved, los que abrieran, tremebundos hoyos.
Aquí el incendio maltrató los campos,
y allí las casas convirtió en escombros...

La batalla pasó; mas todavía
 ruge, á lo lejos, con rugidos sordos.
 Huye también el sol... Súbito viento
 conmueve el aire con ardientes soplos.
 Parece, sobre el cárdeno horizonte,
 por los términos vagos y remotos
 en donde el sol se apaga, que se enciende
 lumbre de tempestad... Destellos rojos,
 frecuentes y vivísimos, alumbran
 los campos grises y los cielos torvos.
 Y es la tormenta la batalla...

¡Nunca
 tan fiera tempestad vieron mis ojos!
 ¡Porque, más que las nubes, vibran rayos,
 rayos de muerte, los humanos odios!

Mas, ¿qué grupo de sombras, en revuelto
 lamentoso tropel, anima el fondo
 de la vaga penumbra, suscitando
 con su vivo correr nubes de polvo,
 y allá de la batalla se desprende,
 de la recia batalla temeroso...?
 ¡Vedlo venir!

En loco torbellino
 avanza, sin cesar, hacia nosotros!
 Es un tropel de rápidos caballos,
 que, mal heridos, sin jinetes, locos,

escapan á las furias del combate,
 todos sangrientos, espantados todos...
 Vedlos correr; correr, enloquecidos;
 vedlos saltar, con saltos espantosos;
 huyendo de las furias de los hombres,
 que sacian, con sus vidas, sus enconos.
 ¡Vedlos, vedlos llegar!

Miles de heridos
 claman y claman, con lamentos roncacos...
 Huye, se oculta el sol... Súbito viento
 conmueve el aire con ardientes soplos...
 La batalla, terrible, todavía
 ruge, á lo lejos, con rugidos sordos...

Y sobre el campo que asoló el combate;
 por el aire, que rasgan los sollozos,
 como visión de horrenda pesadilla,
 pasa el tropel de los caballos locos...

EN ALTA MAR

I

El *Halcón* era un buque de regular calado;
 pobre buque de vela, mas bien aparejado;
 de famosa matrícula, y aun de envidiada suerte,
 hasta que el mal Destino lo encaminó á su muerte.
 El *Halcón* era un buque muy bien aparejado.

Cuando en los buenos días de sus tiempos mejores,
 —sus tiempos juveniles,—pasaba por el mar,
 otros buques, picados por agudos rencores,
 —los que nacen de celos, de los celos traidores,—
 envidiaban sus velas y su rápido andar...

El mismo *Halcón*, á veces, que las nuevas sabía
 de celos tan injustos,—sobre la mar á solas,
 y en tanto navegaba, dorado por el día,—
 de sí, de su velamen gallardo se engrafa,
 contento de sí mismo, mirándose en las olas...

Pasaba de tal modo su feliz existencia,
 por diferentes mares, en perenne vagar...
 Ya del viento y las olas sufriendo la violencia;
 ya, con propicio tiempo, volando sobre el mar...

Mas sin que nunca el tiempo, cuando feroz rugía,
 lograra, ni un instante, sus ánimos vencer.
 Al embate del recio temporal oponía
 su grande, su robusta, su tenaz energía...
 Luchaban, por lo tanto, poder contra poder...

Tal fué la vida grata del *Halcón* esforzado;
 envidioso de nadie, por sentirse tan fuerte;
 por sentirse, de joven, tan feliz, envidiado.

Así vivió dichoso, con tan propicia suerte;
 hasta que el mal Destino lo encaminó á su muerte.
 El *Halcón* era un buque muy bien aparejado.

II

En alta mar un buque sobre las ondas arde,
 comido por el fuego, con rápido furor.
 Vencida por la Noche, va expirando la Tarde...
 Un silencio de muerte domina en derredor.

No al buque lastimoso... En él las llamas rujen,
 al quebrantar las bordas, burlando sus encierros.

Son allí los martirios de los palos que crujen;
allí las contorsiones horribles de los hierros...
Allí las llamas brotan, con ímpetus feroces,
revueltas y vivísimas; á saltos y en torrentes...
Mas ¿cómo no resuenan, desde el buque, las voces
del Capitán, airadas; las voces de sus gentes...?

Lucharon decididos; lucharon contra el fuego,
durante largas horas; mas su valor fué vano.
Invocaron, vencidos, á la Virgen. Y luego
se acogieron, en balsas, á Dios y al Oceano.

Ya en todo el mar tranquilo ninguna se divisa.
Durante largas horas, por el favor de Eolo,
sopló sobre las olas una constante brisa.
Quedóse, pues, el buque desamparado y solo.

Quedó muy luego el aire letal, sin brisa alguna.
Quedó la mar en hondo, tristísimo sosiego...
Quedaron, como símbolos de la adversa fortuna,
sobre el aire, y el agua, frente á frente, la luna,
y el buque, devorado, comido por el fuego...

Era el *Halcón* el buque del fuego devorado.
Eran las horas tristes en que la negra suerte,
viéndole de los suyos, al fin, abandonado,
por obra del incendio le condenaba á muerte.

Era, el *Halcón*, terrible, deslumbradora hoguera.
El humo, en densa nube, de la hoguera surgía;
de la hoguera creciente, devoradora y fiera;
nube de tal aspecto que á veces parecía
una nube celeste que de pie se pusiera,
por obra de prodigio, sobre la mar sombría...

Sombría por el cuadro que, con asombro, viera;
no porque luz, entonces, á su espanto faltara.
La mar, en torno al buque, y á sus crujidos, era
como una mar de infierno, terriblemente clara...

La luz, en torno al buque de luz, se difundía
con vivos resplandores de fantástico día;
en ráfagas intensas, y á lo lejos redondas...
La mar, en honda calma, lisa como un espejo
de límpida tersura, dilatada el reflejo
de las llamas gigantes sobre sus quietas ondas...

¡Ah, pobre *Halcón*! A veces, de joven, envidiado,
cuando la mar cruzaba con rápido volar...
¡Ah, pobre *Halcón*! ¡Hoy víctima del capricho del Hado!
¡En trágico abandono! ¡Del fuego devorado!
¡Del fuego que en sí mismo no supo dominar!
¡Ah, pobre *Halcón*! Hundióse para siempre, vencido,
en el mar de la Tierra, y en el mar del olvido...
Son muy hondos, muy hondos, el Olvido y el Mar.

III

Como el *Halcón* sucumbo, presa del mal interno,
que me devora y vence; ¡con torturas de infierno!
Como el *Halcón* sucumbo.

Por algo parecía
su historia, muchas veces, gemela de la mía...

LA MINA TRAIORA

*Junta al pozo de la mina
claman, roncadas, las mujeres.
Mina de carbón, tan dura,
negras las entrañas tienes.
Hubo explosión en la mina.
Muchos mineros no vuelven.
Junto al pozo malhadado
claman, roncadas, las mujeres.
Y el cielo y el sol, radiantes,
las miran indiferentes.*

Bajaron muchos mineros
por el pozo, como siempre;
cargados con sus fatigas,
llevados por sus deberes,
para arrancar á la entraña

de la mina, tosca y fuerte,
 con el carbón, á pedazos,
 el sustento de sus gentes.
 Allá dejaron, arriba,
 las luces del sol, alegres;
 el campo, de sol vestido;
 la brisa, templada y leve.
 Y allá bajaron, ¡al reino
 de las sombras!, imprudentes.
 Y allá quedaron, de pronto,
 destrozados por la muerte...
 ¡Cuántos? ¡Muchos! En tinieblas,
 unos gritan, otros mueren...
 ¡Bajo la sombra, que asfixia!
 ¡Contra las recias paredes!
*¡Mina de carbón, tan dura,
 negras las entrañas tienes!*

La explosión del gas maldito
 fué súbita; ¡como siempre!
 No avisa, porque es traidora.
 Mata á traición, y no advierte.

¡Fué como racha de fuego,
 como castigo celeste!
 Zumbaba la mina toda
 con los golpes insistentes

de los picos, en las venas
 del carbón; golpes solemnes,
 repetidos, incesantes,
 contra la vena rebelde;
 contra la mina, tan dura;
 contra la tierra, tan fuerte,
 que disputa sus tesoros
 á los hombres, mientras puede,
 con el tesón del avaro
 que sus riquezas defiende.
 Fué la explosión horrorosa,
 tremebunda; de repente...

*Hubo explosión en la mina.
 Muchos mineros no vuelven.*

Junto al pozo malhadado
 claman, roncadas, las mujeres.
 Llegó la noticia al pueblo
 de improvisado. ¡Como siempre!
 Al pobre pueblo, puñado
 de miserables albergues,
 donde las mineras viven,
 donde los mineros duermen.

Corrieron al punto, ciegas
 de terror, las pobres gentes...;
 viejas, con temple de mozas;

mozas, de arriscado temple;
 los viejos, tan temblorosos;
 los niños, tan inocentes...
 Muchos mineros bajaron.
 Pocos la mina devuelve.
 Siniestra boca del pozo:
 ¡la del infierno parece!
 Suenan horribles blasfemias;
 suenan plegarias fervientes...

*Junto al pozo de la mina
claman, roncadas, las mujeres...*

Claman roncadas, y los aires
 con sus voces estremecen.
 Cuál por la tierra se arrastra
 porque sus hombres la entregue;
 cuál, en terrible apostura,
 sobre la tierra se yergue.
 Ya los cabellos se arrancan,
 ó ya los rostros se hieren;
 amenazan, como furias;
 como fieras se revuelven,
 que es mucha el ansia que sufren
 y es mucho el dolor que sienten.
 Y en tanto, á lo lejos, todo
 con luz del sol resplandece:
 la tierra, de sol vestida,

y el cielo y el sol alegres...
 ¡Naturaleza!, ¡madrasta
 para los hombres, á veces!:
 ¡á veces, para los hombres,
 entrañas de mina tienes!

*Junto al pozo malhadado
claman, roncadas, las mujeres.
Y el cielo y el sol las miran...
¡las miran indiferentes!*

LOS MUERTOS VIVOS

*Depuis longtemps je vis entre deux ennemis;
l'un s'appelle la Mort, et l'autre la Folie...*

(ANTONY DESCHAMPS.)

Hermanos, hermanos míos,
por razón de Humanidad;
hijos de Dios, mis hermanos
por ley de Dios inmortal;

venid conmigo; seguidme;
conmigo después mirad,
si el espanto no os espanta
ni el mal os induce á mal.

Hermanos, venid conmigo.
No lo sentiréis quizá;
mas poned el alma en temple
de emoción y de piedad.

Este que veis, edificio
con figura de hospital;
palacio que fuera un día;
centro de felicidad;

hoy por la Cruz dominado,
cifra de amor celestial,
es cementerio de vivos.
Así lo debéis llamar.

Más que círculo ninguno
del imperio de Satán,
es mansión de graves penas;
mansión de horrores, no más.

«Casa de locos» la llaman
en buen romance vulgar;
«¡casa de locos!», y el nombre,
solamente, susto da.

Pero más el susto inquieta
cuando el hombre da en pensar
que es más que casa la casa
donde los locos están.

Es cementerio de vivos.
No son sus huéspedes ya
los que en el mundo vivieron
con razón y en realidad.

No son los mismos. Son otros.
Luego podréis afirmar
que han muerto, pues han perdido
su razón, su voluntad...

Viven sus cuerpos, sin duda,
para vida material;
pero murieron las almas;
murieron en puridad.

Es círculo del Infierno.
Es todo, en él, infernal:
las risas, los alaridos,
el sufrir y el esperar.

¡Ah, cementerio terrible,
no camposanto de paz
como aquellos en que el hombre
no vuelve á sufrir jamás!

¡Ah, cementerio de vivos!
Muertos, vivos, á la par;
muertos: sin sus almas viven;
vivos: con vida mortal;

negra costa, que recoge,
con furor ó con bondad,
á los náufragos del mundo,
que va expulsando su mar;

llego á ti, con mis hermanos,
por impulsos de piedad...
¡Atrás dejamos el mundo;
goces y ensueños atrás!

Abre las puertas á un triste,
que viene á considerar
cómo puede, y hasta dónde,
padecer la Humanidad.

Abre las puertas á un triste
que bien quisiera encontrar
en mal de males ajenos
alivio del propio mal.

II

¡Descendamos por las sombras
del Reino de Satanás!
Ved, hermanos,—mis hermanos,
hijos de Dios.—¡Y escuchad!

Las caras graves y tristes;
las caras que espanto dan;
los éxtasis y las iras;
el gemir y el invocar;

de las manos, los saludos;
 en los ojos, el imán
 de las penas; de los dientes
 el siniestro rechinar...

Esos mismos que nos miran
 tan silenciosos y en paz,
 y que encerrados parecen
 por errores del Azar;

aquellos que nos saludan
 con expresión tan jovial,
 que nos hablan, y nos hablan
 con sereno razonar,

sufren del mal de la ausencia
 de toda felicidad,
 aunque gocen, trastornados
 por falsas dichas, quizás...

Glorias quizás imaginan
 que al fin consiguiendo van.
 Piensan, acaso, que el mundo
 rendido á su voz está...

Suponen que, al fin, consiguen
 riquezas, en forma tal,
 que les faltan fuerza y tiempo
 con que poderlas contar...

O sueñan con que, por artes
 y dádivas de galán,
 al fin lograron las gracias
 de peregrina beldad;

hija del lúbrico ensueño,
 brillante cuanto fugaz;
 la de la voz de sirena,
 la del lascivo mirar...

Mas ¡ay!, que en el fondo mismo
 de su alegre vanidad,
 angustias indefinibles
 los devoran, sin cesar,

como perversos gusanos
 que muerte á las rosas dan,
 escondidos en la entraña
 de las flores del rosal.

Ora ved los más siniestros.
 Pasan, cruzan, vienen, van...,
 con la inquietud del delirio
 y el delirio de vagar...

Hombres-fieras, miedo infunden
 por la voz y el ademán...
 Muertos-vivos, ¡Dios tan sólo
 resucitarlos podrá!

Cuáles gritan; cuáles lloran;
lanzan otros, al pasar,
carcajadas que nos hieren
como filo de puñal...

Quiénes piden y amenazan...
Rezan algunos, allá...
Ni aun trastornados renuncian
al consuelo de rezar!

Es aquél víctima pobre
de ley de herencia fatal;
paga por culpas ajenas,
que es el más duro pagar.

Aquella infeliz, que al cielo
mirando y mirando está,
sin que sus ojos se cansen
ni un momento de mirar,

vió perecer á sus hijos,
todos en lozana edad,
entre llamas de un incendio,
más que sus penas voraz.

Aquél, sufrió las traiciones
de una esposa desleal.
Le vendió la miserable,
por un cínico don Juan,

y enloqueció, lentamente,
de tanto y tanto pensar
en que pudiera el engaño
ser Engaño... ¡y ser Verdad!

Aquél,—un mozo garrido,
flor de su alegre lugar,—
vió, de lejos, á su madre
bajo un hacha criminal;

la vió, bajo manos fieras;
pensó: «¡La mataron ya!»
¡y enloqueció de pensarlo!
¡de pensarlo, nada más!

Aquél, porque nadie viva
sin casa, lumbre ni pan.
Esotro... ¡por el delirio
de la paz universal..!

Aquél... Mis ojos se niegan
á descubrir, á explorar
nuevo dolor, entre tantos;
nueva tortura brutal...

Mas ¡ay! que en vano pretendo,
loco también, escapar
á tanto horror; al influjo
de esta atmósfera letal...

Sufro su obsesión intensa;
transciende á mí la ansiedad
de los locos; me trastornan
los afanes de su afán;

me persiguen, me torturan
sus lamentos, al pasar;
sus carcajadas, que hieren
como filo de puñal;

las caras graves y tristes;
las caras que espanto dan;
los éxtasis y las iras;
el sufrir y el invocar;

de sus manos, los saludos;
de sus ojos, el imán
y la angustia; de sus dientes,
el siniestro rechinar!..

¡Ah, cementerio de vivos;
no camposanto de paz,
como aquellos en que el hombre
no vuelve á sufrir jamás;

—cárcel espantosa, círculo
del Reino de Satanás,—
¡Dios me salvel., ¡Dios me libre
de tu encierro, de tu mal!

Hermanos, hermanos míos
por razón de Humanidad;
hijos de Dios, mis hermanos
por ley de Dios inmortal:

pues sentimos, juntamente,
con ver y con escuchar,
el espanto del espanto,
y el horror de lo infernal;

¡piedad para el hombre triste
que en locuras vino á dar!
¡No le miréis con recelos!
¡Acorredle con bondad!

¡Piedad para sus delirios!
¡para el afán de su afán!
¡para el dolor con que implora!..
¡Piedad, hermanos! ¡¡Piedad!!